



8

EXPERIENCIA CORDILLERANA — 1880

El día había sido sofocante. Ya había comenzado febrero, por lo tanto era normal que hiciera tanto calor. Lo único que permitía resguardarse de él, era mantener puertas y ventanas cerradas, los postigos juntos, las cortinas corridas... y esperar con paciencia que alguna tormenta pasajera vertiera su líquida carga sobre la ciudad, trayéndole un poco de respiro.

Sentado en esta tenue oscuridad, el P. Torres cavilaba en silencio. El P. Valenzuela, Superior de la comunidad de Valparaíso, Chile, había sido convocado para participar en el Capítulo General, a celebrarse en Roma próximamente. De hecho, ya debía de estar haciendo los preparativos de su viaje. Lamentablemente no podría pasar por Córdoba, pero ¡jél necesitaba verlo!, tenía asuntos de importancia para comunicarle.

La solución se le presentó en una silueta que vio pasar en la penumbra, y en la cual reconoció al Hno. Roque Ríos.



- Hola, ¿cómo está usted, hermano?

Sorprendido por la voz, el Hermano volvió sobre sus pasos, descubriendo entre las sombras la figura de su interlocutor.

- ¡Muy bien, Padre! Disculpe, no lo había visto.
- ¡No hay problema! Vea, Hermano, necesito viajar a Chile, pues tengo muchos asuntos que tratar con el P. Valenzuela, y deseo hacerlo antes de que emprenda viaje a Roma. Sería muy importante para mí, que Ud. deseara acompañarme.
- Pero Padre, ¡sería un verdadero placer poder acompañarlo!
- Mire, Hermano, deberemos hacerlo de a caballo, y el viaje es largo y peligroso. Nos demandará varios días... Aunque, como usted comprenderá, tendremos la oportunidad de conocer, vivir diversas experiencias y, por supuesto, una serie de anécdotas que a nuestro regreso podremos contar; sin pensar en los percances que, seguramente, deberemos sortear... – su voz sonó intencionadamente despreocupada, mientras observaba con disimulo la reacción del Hermano.
- Realmente, Padre, sus palabras han llegado a mí de tal forma, que quisiera iniciáramos ese viaje ¡ahora mismo! – El entusiasmo era, a todas luces, sincero.
- Entonces, ya está todo resuelto – dijo el P. Torres, con una amplia sonrisa de alivio. – Mañana mismo prepararemos nuestras cosas y nos encomendaremos a nuestra Santa Madre para que nos proteja, y que Nuestro Señor nos indique el camino. Descanse Ud. muy bien esta noche; mañana temprano tendrá noticias mías.

Varios días más tarde, llegados ya a la Cordillera, el P. Torres decidió buscar un baqueano que los guiara en el difícil ascenso. Mientras tanto, aprovecharían para dar respiro a las cabalgaduras y descansar un poco ellos mismos. Todavía no había llegado el progreso del ferrocarril a Mendoza, por lo que el viaje, hasta allí, había sido un tramo en carreta, y otro a caballo. ¡El cansancio se hacía sentir!

Finalmente, encontraron a un hombre en el camino que, ante la pregunta del Padre, aceptó realizar él mismo el trabajo, bajo una paga previamente acordada, hasta un determinado lugar, cercano a la frontera chilena. Y así emprendieron el duro camino...



Después de un día y medio de cabalgata, un tanto intranquilo, el P. Torres, acercándose al baqueano, preguntó:

- Dígame, caballero, ¿hasta qué punto hemos cumplido el trato? ¿Cómo estima Ud. la distancia que nos queda para llegar al lugar convenido?
- Falta poco; ya le haré saber.

Horas más tarde se detenían en un paraje, a resguardo del viento. Acallado el ruido de los cascos sobre la piedra, el silencio era abrumador. Todavía quedaban muchas horas de luz como para seguir avanzando, pero a partir de aquí lo harían sin su guía. Una vez recibida su paga, este hizo girar su cabalgadura para emprender el regreso.

- Y dígame, ¿dónde está la frazada que traíamos? – le preguntó con voz fuerte el P. Torres.
- Mire usted: la frazada está doblada y colocada debajo de la silla – le respondió por sobre el hombro, mientras se despedía con la mano en alto.

Los dos frailes lo vieron alejarse por el mismo sendero por el que habían venido. Por su parte, espolearon sus caballos y continuaron su camino. Las montañas eran imponentes. En su alma de serrano, el P. Torres desistió de comparar lo que veía, con lo que conocía tan bien: allá, el colorido de la sierra estaba dado por la vegetación, el canto de las aves, la vida de los animales, la cercanía de las estrellas, la posibilidad de acceder a las cimas...; aquí, en cambio, era el reino de la roca dura y pelada, del silencio ensordecedor, de cumbres inaccesibles, del solitario volar de los cóndores... Tenía su belleza, no podía negarlo; aunque, por momentos, resultaba amenazante.

- Hermano, vamos a hacer un alto para sacar la frazada, porque se está poniendo demasiado frío.

Bajado de su montura, y luego de un instante, el Padre murmuró: “De dónde frazada... no está”. ¡El baqueano lo había engañado! Prosiguieron viaje, aguantando el frío, callados. Ambos rezaban en absoluto silencio, muy íntimamente. Se sentían y sabían abandonados en las Manos de Dios. El baqueano, ¿les habría mentado solamente sobre la frazada?... ¿Estarían en la dirección correcta? Después de un largo rato, el Hno. Roque rompió el silencio:



- Padre, seguramente no nos debe estar faltando mucho para llegar al lugar de los senderos anchos.
- Es posible... Apenas crucemos aquellos picos, buscaremos, con ayuda del Señor, que alguien nos traslade hasta el lugar más cercano posible de nuestro destino.

Efectivamente, poco más adelante divisaron un grupo de casas, aunque alejadas entre sí, y hacia allí se dirigieron. Como ya se hacía de noche y estaban ateridos de frío, decidieron pernoctar y buscar, por la mañana, la manera de continuar su viaje.

Al día siguiente, el sol alumbraba ya los picos más altos de la Cordillera, cuando nuestros frailes cerraban trato con dos hombres, que los acercarían a su meta. Este trayecto lo harían en una pequeña galera, que solía ser utilizada, también, como ambulancia.

- Bueno, Señores – puntualizó el P. Torres –: sugiero que este contrato contenga dos cláusulas verbales muy sencillas. Yo les pagaré la suma que me solicitaron, y solamente hemos de marchar con luz de día.

Concertado el convenio, emprendieron viaje de inmediato. El sendero era, en verdad, más ancho que los de la jornada anterior, pero el carruaje debía ir con cuidado. Si alguna rueda se arruinara, por el golpe contra la piedra, no sería un problema menor... De manera que los pasajeros hicieron acopio de paciencia, intentando apaciguar la ansiedad por llegar a destino.

Al comenzar a declinar el día, el P. Torres empezó a prestar especial atención a los lugares por donde pasaban, y llegados a un punto hizo detener la galera. Echó pie a tierra, seguido del Hno. Roque, y luego de inspeccionar el terreno se dirigió a los conductores:

- Escúchenme, señores: hemos llegado a un lugar que considero apropiado para pasar la noche. Descansemos todos y mañana, con las primeras luces, partimos.

Uno de los conductores, dirigiéndose al Padre, le dijo en forma terca y descomedida:



- Nosotros no podemos pasar la noche aquí sin gran molestia nuestra. Vamos a continuar la marcha hasta dejar a Uds. en el lugar convenido. No es ya gran distancia la que falta por recorrer.
- No, señor. No hemos convenido así. Hemos convenido que solo con luz de día se ha de viajar.

El conductor, dirigiéndose al Padre y haciendo un gesto amenazante, le dijo:

- Nosotros no pasaremos la noche aquí, Ud. va a marchar inmediatamente quiera o no quiera. – Y sacando del cinto un arma de fuego, hizo dos disparos al aire, por encima de la cabeza del P. Torres.

Este, con toda la energía y elocuencia que solía poner en juego cuando resultaba necesario, se aproximó al conductor que estaba aún con el arma en la mano, y le dijo:

- Es inútil, no doy un paso adelante. Si Uds. quieren llevarme tendrán que matarme primero. Toda pretensión de marchar es inútil.

Amedrentado por la firmeza y valentía del sacerdote, el conductor guardó el arma y, echando maldiciones, se puso a desatar los caballos.

- Mire, Hermano, – dijo el P. Torres en voz baja – no nos conviene marchar de noche, porque podemos caer en manos de salteadores. Aunque le aclaro: mi mayor temor lo tengo, justamente, de estos mismos conductores.

El Hno. Roque se prometió a sí mismo permanecer vigilante, cuidando el merecido descanso de su Provincial. ¡Ya descansaría él cuando llegaran al convento! Pero una vez que sus tres compañeros de viaje se abandonaron en un profundo y reparador sueño, el silencio fue apoderándose de él y sus ojos también se cerraron...

Cuando despertó, ya estaban todos en movimiento. Hasta los caballos estaban ya atados al vehículo. Con gestos rápidos y precisos se arregló un poco los cabellos, se sacudió el hábito y alcanzó a beber unos sorbos de café, negro y fuerte, que habían preparado los conductores. Buscó con la mirada al P. Torres, a quien vio, un poco apartado, seguramente en su oración matutina.



Pronto abandonaron el lugar y, sin mayores inconvenientes, llegaron a destino. Al final de esa jornada, llegados a Santiago de Chile, el P. Torres pudo entrevistarse con el P. Valenzuela y dar curso a los asuntos que tenía pendientes.

Aprovechó, además, para encontrarse con el P. Morales y ponerlo al tanto de las visitas que había realizado a sus Hermanos, del fracaso en Catamarca para la devolución del Convento, pero del éxito con el mismo trámite realizado en Santiago del Estero. Le comentó que Yúcat contaba ahora con un canal de riego, obra que se debía a la dedicación y celo del P. Avelino.

Por su parte, el P. Morales le brindó su hospitalidad para descansar del largo viaje y observar, en una Provincia distinta de la suya, la marcha de la vida común y la observancia regular. Sabía que esta experiencia sería de mucho provecho para esta alma escogida a la cual, intuía, se la estaba preparando para grandes obras.